CLASSEN, C. J.—*Die Welt der Römer. Studien zu ihrer Literatur, Geschichte und Religion.* Unter Mitw. von H. Bernsdorff; Hrsg. von M. Vielberg. Berlin-New York, Walter de Gruyter, 1993; viii + 281 pp.

El libro reúne trece artículos del Prof. Classen ya publicados con anterioridad, pero unificados ahora formalmente y con índices de nombres antiguos, nombres medievales y modernos, cosas, palabras latinas y palabras griegas. Además, para la ocasión, Classen ha hecho algunas consideraciones complementarias y ha traducido personalmente los textos que en su redacción original estaban en inglés. Los trabajos que nos presenta son estos: 1) «Zur Herkunft der Sage von Romulus und Remus» (1963); 2) «Gottmenschentum in der römischen Republik» (1963); 3) «*Virtutes Romanorum* nach dem Zeugnis de Münzen republikanischer Zeit» (1986); 4) «Ennius: ein Fremder in Rom» (1992); 5) «Dichtung und Rhetorik in Lukrez' *De rerum natura*» (1968); 6) «Philologische Bemerkungen zu den einleitenden Kapiteln von Caesars *Bellum Civile* (Darstellungstechnik und Absicht)» (1983); 7) «Ciceros Kunst der Überredung» (1982); 8) «Ciceros *orator perfectus: ein uir bonus dicendi peritus?*» (1986); 9) «Horaz- ein Koch?» (1978); 10) «Liebeskummer-eine Ovidinterpretation (*Met. IX 450-665*)» (1981); 11) «Martial» (1985); 12) «Tacitus als Historiker zwischen Republik und Prinzipat» (1988); 13) «Die Satire- das vielgesichtige Genos» (1988).

No me es posible detallar la gran abundancia de méritos que, a lo largo del libro, Classen va acumulando; me limitaré por ello a destacar solamente lo sustancial de sus aportaciones que, en esencia, parecen buscar la comprensión, no tanto del «mundo de los romanos», como de los romanos mismos, sus pensamientos y sus sentimientos, su «ser romano», podríamos decir, a través de hechos concretos de su historia, de su religión y, sobre todo, de su literatura.

Ningún terreno le es inhóspito a Classen en esa tarea. Así, lo mismo examina en 1) los primeros testimonios griegos de la leyenda de Rómulo y Remo para acabar concluyendo de su intrincada complejidad que son los propios romanos del s.IV quienes la originan, que lo encontramos en 3) escudriñando magistralmente las monedas de época republicana y estableciendo etapas en sus sucesivos cambios —frente a la constancia de las griegas— para apreciar que, sobre la base de la *pietas* y la *uirtus* como pilares de la República, poco a poco, se van abandonando las *nirtutes* que se refieren a la colectividad (*pax, libertas, fortuna...*) y se van representando otras que, como consecuencia de un cambio social, dan protagonismo primero a los grupos políticos, luego a los individuos (*fides, clementia*). O, de la misma forma, en 2) lo vemos afanado en defender, por medio de la búsqueda y aportación de muchos textos significativos, que en la República no era aspiración ni práctica de los hombres ilustres o influyentes el ser tratados como dioses, ni menos aún ser divinizados; y que sólo a finales de la República empieza a haber intentos de ello que no fructificarán hasta más tarde.

Cuando el «ser romano» tiene nombre propio (Ennio, Lucrecio, Cicerón...), la sensación que se tiene es la de que Classen se introduce como por entre las palabras de los textos para transmitirnos desde ahí sus pensamientos, motivaciones, intenciones, recursos, etc. Así procede, por ejemplo, con Ennio en 4); y nos hace comprender, no sólo los motivos de la importancia que los propios romanos le otorgaban como literato nacional en la adaptación de la tragedia griega, o en la introducción del hexámetro en su épica, o en la articulación por primera vez de las etapas de la historia romana —algo de lo que Classen es el primero en percatarse—, o en la forja de un verdadero estilo épico romano, o en la introducción de la poesía y la prosa didácticas, etc., sino también el mérito que esto supone en un personaje que no era romano ni de lengua materna latina.

Y del mismo modo, en 5), tras un detallado examen de las argumentaciones, de las pruebas, de los recursos poéticos, de la estructura de los libros, del estilo, propone Classen

su interpretación de la problemática obra de Lucrecio bajo la clave de que lo esencial para el autor era su misión de «liberar a los romanos de la superstición» (p. 121); por ello, no duda en servirse de la retórica y de la poesía, expresamente condenada por Epicuro en el tratamiento de temas filosóficos, ni en pedir ayuda a Venus, en el controvertido proemio de la obra: «Lucrecio es fiel, en primer lugar, no a Epicuro, sino a su cometido, a su misión, y para cumplirlo, se sirve de todos los medios a su alcance» (*ibid.*).

Las intenciones de César, en cambio, las investiga en 6) en los capítulos iniciales de su *Bellum Civile*, revelando que, bajo una aparente objetividad, se esconde una elección y ordenación de los hechos que no responde a la realidad, sino al deseo de producir un efecto en el lector que favorezca sus intereses políticos. Y a Cicerón, en 7), lo «desnuda», por así decirlo, para enseñarnos, a base de muchos ejemplos, cuáles son sus estrategias de persuasión en los discursos: cómo orienta todos los recursos, técnicas y trucos de la *inuentio* a presentar a su cliente «simpático» al público o a los jueces, a hacer que la flexibilidad de su *dispositio* lleve a ese público a pensar según la lógica del discurso y no la de los hechos, o a confundir muchas veces al adversario con la pericia de su *elocutio*, con sus recursos estilísticos, con su constante hablar y «deshablar» («zerreden»). Y en 8) reconstruye Classen, sirviéndose de las alusiones de Cicerón al problema, su probable opinión de que el *orator perfectus* debía, al menos, de parecer un *uir bonus*; que no llegue a describirlo sistemáticamente se debe, según Classen, a que todo el mundo sabía cómo debía ser y a que, por otra parte, era arriesgado escribir sobre reglas morales que ninguno de los oradores políticamente activos, ni siquiera él, cumpliera.

La gran capacidad descriptiva y la riqueza de detalles de los poemas largos de Marcial —muy poco conocida—, la gran diversidad temática y formal de los cortos, su epigramática chispa, nos descubre en 11) a un poeta distinto del conocido que intenta penetrar en la esencia del hombre, de sus debilidades, y que busca una reflexión general en sus oyentes o lectores, mediante la observación personal. Pero, a la vez, en su relación con Roma y su gente, a la que ataca e insulta, pero sin cuya vida espiritual no puede vivir, y en su proclamada añoranza de la patria hispana, encuentra Classen, no ya al poeta, sino a Marcial mismo, al hombre que siente y vive como cualquier otro, el «ser romano» que en él habita.

En 12) analiza la actitud de Tácito para con el régimen del Principado, a través del concepto moral de *moderatio* en el *Agricola* y la selección y disposición de los hechos narrados en los últimos libros de las obras mayores. Y así, puede hablarnos de un Tácito que se da cuenta de que los viejos valores de la República no son válidos en el nuevo orden político y que sólo con *moderatio* o *modestia* puede la *uirtus* individual descollar sin peligro. Por otra parte, el sistema analítico que elige Tácito sólo es un instrumento para seleccionar lo que le parece más importante y, con la ayuda de la estructura de los libros, provocar efectos especiales. Y que, frente a la actitud de otros historiadores, se fije muchas veces en la intrahistoria familiar del Príncipe, se debe a que es ahí donde Tácito se da cuenta de que ahora se gestan las decisiones importantes, y no en el Senado. En lo uno y en lo otro, Classen nos presenta a Tácito como un historiador que, además de narrar sucesos, pretende instruir a sus conciudadanos y, a la vez, a las generaciones venideras que puedan padecer unas circunstancias similares a la suya; algo, sin duda, que le confiere modernidad.

En lo tocante a Horacio y, sobre todo, a Ovidio, Classen exhibe un tono, por así decirlo, más intimista, que contrasta con el de los demás estudios. Después de realizar un detallado análisis del contenido de la *Sátira* 2,4 de Horacio en 9) (reminiscencias literarias, la parodia de la poesía didáctica, la comparación con su propia obra, etc., y, sobre todo, la posible identificación del personaje Catio), deduce que el motivo de ataque —que no es *in personam*— es la simpleza con que algunos malinterpretaban los preceptos de Epicuro, a la luz de lo cual se pone de manifiesto una forma auténticamente satírica de exponerlos, «con

chispa y humor» (p. 187). Y en 10), a propósito de la historia del amor de Biblis por su hermano Cauno en las *Metamorfosis* de Ovidio, nos revela Classen, en comparación con la historia del amor de Dido por Eneas en la *Eneida* de Virgilio, la diferente forma de abordar el problema en uno y otro autor: en Virgilio, la apreciación es exterior, es el suceso lo que le importa y el impacto que tiene en la historia de Roma; a Ovidio, en cambio, lo que le importa es dibujar cómo el suceso germina en el alma de la protagonista, cómo evoluciona y qué consecuencias acarrea para el individuo. Uno y otro consiguen impresionar al oyente, pero su forma de hacerlo es muy distinta.

Finalmente, en 13) nos ofrece su visión personal e histórica de la sátira como género literario, entresacando sus rasgos de las consideraciones de Horacio sobre la sátira y de lo que, en relación con Horacio, hacen Persio y Juvenal y comenta Quintiliano. En opinión del autor, la única característica constante de ese género que se va configurando es la *uarietas*, tanto de contenidos como de formas; una *uarietas* que cada autor después, en cada época, amolda a sus propias necesidades —también los cristianos—, pero que, por lo mismo, nadie osa o puede definir. Esa *uarietas* hace que el género se prolongue durante centurias, pero a la vez, junto con la falta de unos límites claros, es causa de que perezca «víctima», como dice Classen, «de su propia naturaleza» (p. 267).

Esa es la sustancia del libro, pero en él hay algo más que, en mi opinión, tiene tanto o más valor, máxime en estos tiempos: la forma de trabajar de Classen. Con independencia de que se suscriban o no sus opiniones (es difícil no hacerlo en las líneas maestras), sus métodos de trabajo suponen una gran lección de Filología Clásica: nunca se fía de las opiniones ajenas, por muy autorizadas que sean (como hace en 2) con la de J. M. C. Toynbee, si no están contrastadas con los textos; y, al contrario, él sólo hace afirmaciones si se pueden deducir del detallado análisis de los textos. Los textos siempre son, pues, su prueba más irrefutable, tanto cuando discute asuntos más o menos familiares para él (Lucrecio, Horacio, Cicerón, la sátira...), como cuando se enfrenta con autores «nuevos» (Marcial). Y no le importa que sean textos latinos o griegos, o que se encuentren en monedas, en sus leyendas e imágenes, o que tenga que rastrearlos por toda la obra de un autor o por las de muchos autores. Y es tal su dominio de ellos, su capacidad para «sacarles jugo» incluso en el tratamiento de temas concretos, como en 9) o 10), que siempre queda en disposición de exponer consideraciones de alcance general que afectan lo mismo a autores que a géneros literarios o que a la historia de Roma y a su evolución social, etc.

Pues bien, todo eso, mezclado con su «tendencia a la concisión, es decir, a una «brevedad epigramática»» y a un «gusto por la crítica jocosa o mordaz», como él mismo define su estilo (p. 208), y con aquella búsqueda del «ser romano» a que aludía al principio, delinea una gran personalidad investigadora que es lo que, a fin de cuentas, confiere la auténtica unidad al libro¹.

PEDRO MANUEL SUÁREZ MARTÍNEZ
Universidad de Oviedo

¹ La Profesora Christina Jurcic, lectora de alemán en la Universidad de Oviedo, me ha ayudado mucho en la traducción del libro de Classen. Quisiera expresarle aquí mi gratitud.